



PREMIO NACIONAL
DE PERIODISMO
**SIMÓN
BOLÍVAR**

Discurso Steve Coll

Invitado especial

Edición 42 - Premio Nacional de Periodismo Simón Bolívar

Es un honor acompañarlos en esta celebración de excelencia en el periodismo profesional. Premios como este ofrecen una forma importante de liderazgo. Destacan al gran periodismo para que otros lo emulen. Y en ocasiones como esta, tenemos la oportunidad de reafirmar el amplio compromiso de una sociedad democrática con una prensa libre e independiente. Gracias por la oportunidad de hablar brevemente acerca de algunos de los valores que compartimos. Quiero referirme a algunas de las amenazas que el periodismo enfrenta globalmente, y cómo nuestra defensa del periodismo se encuentra atado a la defensa de otros derechos democráticos, constitucionales y humanos.

Todos somos conscientes de la ola de populismo anti-liberal que ha barrido el mundo en años recientes, desde la guerra contra las drogas en las Filipinas, hasta el advenimiento de un chauvinismo Hindu a ratos violento en India, hasta la reactivación de partidos políticos de extrema derecha en Europa, hasta la normalización del nacionalismo blanco en la política estadounidense, culminando en la elección de Donald Trump. Es probable que esta tormenta nos acompañe por un tiempo. En los Estados Unidos, la oleada populista –con sus airadas denunciaciones de la legitimidad del periodismo, con su uso del podio presidencial para dar voz a la incitación directa en contra de la prensa– les han presentado nuevas y difíciles coyunturas a los directores y productores de las noticias de televisión. ¿Que tan graves son las amenazas que enfrentamos? ¿Cómo puede defenderse la prensa sin caer en la trampa de acabar abiertamente politizada? Las prácticas y convenciones del periodismo ¿están a la altura de la tarea de cubrir a los populistas, nativistas y ‘supremacistas’ blancos? La prensa nunca ha sido especialmente popular, entonces ¿cómo hacemos ahora, en esta atmósfera polarizada, para mejor persuadir al público, los líderes empresariales, funcionarios públicos, jueces y demás sectores de la sociedad a que se unan con los periodistas en una defensa de la libertad de prensa?

Entre los líderes de las salas de redacción estadounidenses con quienes hablo, hay puntos de vista divididos sobre qué tan en serio tomarse la amenaza a la libertad de prensa. Algunos directores sostienen que la mejor estrategia es simplemente la de practicar un gran periodismo e ignorar todas las tormentas de Twitter. Como lo dice

Marty Baron, el director de *The Washington Post*, "No estamos en guerra; estamos trabajando."

Y ciertamente, en el *Post* y en muchas otras salas de redacción, los ataques recientes a la prensa han servido para fortalecer a la prensa. Después de algunos años de deriva y confusión acerca del rumbo del periodismo debido a la revolución digital y la telefonía móvil, los ataques por parte del presidente Trump y sus aliados han sido una ayuda, útil para aclarar por qué importa el periodismo, por qué está protegido constitucionalmente en los Estados Unidos por la Primera Enmienda, y por qué se encuentra consagrada la libertad de prensa en muchas otras constituciones democráticas en todo el mundo. Y afortunadamente, no está dentro del poder del presidente Trump cambiar la constitución o reescribir las 46 leyes estatales diferentes que protegen u otorgan privilegios a los periodistas en nuestro país. En nuestra Corte Suprema, el compromiso con la Primera Enmienda ofrece un raro punto de acuerdo entre los magistrados nombrados por presidentes tanto Republicanos como Demócratas.

Sin embargo, no puede haber duda que estamos entrando en una nueva era peligrosa para el periodismo, tanto en los Estados Unidos como globalmente. Yo creo que la amenaza tiene tres caras. Primero, cuando los líderes poderosos denuncian la legitimidad del periodismo, invitan a los extremistas y los criminales a atacar a los reporteros físicamente. Segundo, tanto en países autoritarios como en los democráticos, estamos viendo intentos nuevos y agresivos por criminalizar algunos tipos de periodismo como una amenaza a la seguridad nacional. Tercero, nos enfrentamos al problema confuso del "fake news." No me refiero al tipo de "falsa noticia" de la que habla el Presidente Trump, donde meramente ataca al periodismo profesional que no le gusta. Me refiero a las historias verdaderamente falsas, inventadas, fabricadas y engañosas que hoy contaminan a las plataformas de medios sociales tales como Facebook, Twitter y YouTube. Esta crisis de falsas noticias no surgió del periodismo mismo. Es un producto del oportunismo de fuerzas oscuras que surgen en el mundo digital. Y ha sido justificado por la pasividad e irresponsabilidad de las grandes empresas tecnológicas, enormemente rentables, que dominan ahora la industria editorial y la publicidad. Es más, la contaminación de los medios sociales con noticias falsas y deliberadamente engañosas, algunas veces en alineación con campañas extremistas ideológicas, puede ser la amenaza más grave de todas las que enfrenta el periodismo hoy.

Estadísticamente, los ataques violentos sobre los periodistas han fluctuado a un nivel alto por más de dos décadas. La principal razón es la impunidad; por mucho, ha sido demasiado raro ver enjuiciados a los asesinos de periodistas. Y así, cada mes, parece, sobreviene otra conmoción. El 5 de septiembre, en el próspero centro tecnológico de Bangalore, India, Gauri Lankesh, un escritor secular, es abatido a tiros por asesinos extremistas Hindúes. El 16 de octubre, en la tranquila Malta, Daphne Galizia, una reportera investigativa que escribía sobre corrupción en su gobierno, es asesinada en un atentado con bomba a su auto. En Estados Unidos, un candidato para el Congreso

golpea a un reportero en un lugar público y llega a ganar la elección. Este año, hemos visto un pico en ataques a y arrestos de periodistas en protestas públicas. No podemos aceptar este clima como 'lo nuevo normal'. Pero a menos que los fiscales y jueces traten estos delitos con la misma seriedad que tratan otras violaciones de derechos humanos y los derechos civiles, los ataques seguirán.

Como mencioné, se ha vuelto aún más difícil defender los derechos y el papel democrático de los periodistas profesionales en un momento en el que las falsas noticias en Facebook y otras plataformas están sembrando tanta confusión. Sabemos de la historia que las revoluciones con frecuencia pasan de inicios optimistas a oscuros destinos. Desde el comienzo, el World Wide Web fue un sitio contaminado: la pornografía, el fraude, y el matoneo se afincaron en los primeros años. Ahora estamos presenciando un lado oscuro de la revolución digital, aún más ampulosa y peligrosa.

Cuando la World Wide Web se popularizó hace dos décadas, los utopistas de Silicon Valley nos dijeron que nuestra política y sociedad cambiarían para mejor. La Web empoderaría a los ciudadanos. Movilizaría la sabiduría de las masas. Esto es típico de lo que sucede cuando llegan tecnologías nuevas y revolucionarias a los medios y el periodismo. Cuando nació la radio, los utópicos declararon que esto mejoraría las comunidades humanas; en ciertas formas, lo hizo, pero también empoderó al Nazismo. Cuando nació la televisión, los teóricos de los medios declararon que los ciudadanos y votantes estarían mejor educados e informados que nunca. Lo mejor de la televisión si une y educa a la sociedad, pero también trivializa y rebaja nuestra política. Ahora de nuevo estamos desilusionados, esta vez por las promesas utópicas de Facebook. El problema, por supuesto, no es la tecnología; el problema es la persistencia del mal en el mundo, y la naturaleza permanente de la lucha por la dignidad humana, la igualdad y los derechos democráticos.

El lado oscuro de la revolución digital y su impacto sobre el periodismo es diferente en cada país, dependiendo del poder de los periódicos y la televisión, el papel de los medios públicos, y el grado de desarrollo económico. Sin embargo, hay algunos temas comunes emergiendo en todo el mundo, especialmente en el democrático.

Primero, debido al nuevo poder monopólico de Facebook y Google, las casas editoriales y los difusores de radio y televisión están perdiendo el control sobre la distribución de su periodismo. Yo trabajé por 20 años en el Washington Post. Cada noche, cinco pisos debajo de nuestra sala de redacción, se encendían y rugían las rotativas. Fabricábamos nuestro propio periódico, lo cargábamos en camiones, los conducíamos a las casas de nuestros clientes, y los lanzábamos hacia los portales de sus casas. Controlábamos cada parte de nuestra relación con nuestro lector; les rendíamos cuentas por nuestro desempeño, incluyendo con qué frecuencia lanzábamos el periódico al follaje. Hoy, aunque *The Washington Post* está forjando una estrategia digital exitosa, la mayoría de los demás periódicos están luchando porque ya no entregan sus propias noticias de manera rentable; tienen que pedirles a Facebook, YouTube, Twitter o Snapchat que les

manejen la distribución a los clientes, así como mucha de la publicidad dirigida a esos clientes, todo en condiciones económicas altamente desfavorables.

El segundo problema es que estas plataformas sociales monopólicas, a medida que han desarrollado sus estrategias de negocios altamente rentables, se han convencido que no son compañías de medios, no editores o difusores que hacen juicios éticos o profesionales sobre el contenido, con un ojo puesto en el interés público. Más bien, se ven como plataformas de intercambio neutrales, abiertas bajo iguales condiciones a todos, no responsables de lo que se publica y lo que no.

La realidad, por supuesto, es que Facebook y YouTube SI ejercen juicio editorial, incluso periodístico, pero lo hacen a través de algoritmos automatizados y software que mantienen secreto. Vemos ahora que la plataforma pobremente vigilada de Facebook, que depende de los usuarios para presentar quejas sobre contenido odioso o engañoso u ofensivo, ha permitido que contaminen las noticias y el discurso público, incluso durante campañas electorales, manipuladores, por ejemplo ideólogos extremistas, estados malintencionados como Rusia y grupos aleatorios de hackers codiciosos. Es un escándalo para muchos de nosotros en Estados Unidos, que incluso ahora, un año completo después de la última elección presidencial, incluso los propios ejecutivos de Facebook parecen no entender cuan amplio fue el alcance de la diseminación de noticias falsas y engañosas en su plataforma durante el 2016. Los investigadores independientes y del gobierno solo están comenzando a descubrir el alcance de lo que aconteció - la forma como historias fantásticas inventadas, con titulares como "El Papa Avala a Donald Trump", llegaron a millones y millones de personas.

Es difícil resolver una crisis si uno ni siquiera entiende sus dimensiones. Y tanto más difícil cuando las poderosas empresas globales en el corazón de la crisis se niegan una y otra vez a enfrentar sus responsabilidades. Cada científico de la computación que he consultado sobre el problema de las falsas noticias en las plataformas de medios sociales me dice que empeorará en los próximos años, a medida que la inteligencia artificial empodere a los transgresores. Tal vez la única esperanza es la acción o regulación antimonopolio fuerte, que no va a venir de Washington, pero si puede venir eventualmente de Europa.

De manera que nos encontramos aquí esta noche honrando noticias de un tipo muy diferente, noticias auténticas, noticias verdaderas, periodismo del más alto calibre, independiente, valiente, inquisitivo; reportado y escrito por profesionales con la esperanza de que le sirva a una ciudadanía educada. Pero en este clima, no basta con celebrar. Nosotros, quienes compartimos los valores de la libertad de prensa y los ideales de las constituciones democráticas en las Américas, también debemos estar pensando en cómo persuadir. Entre tanto ruido y de cara a la ola populista global, ¿cuál es la mejor manera para que nosotros en las Américas democráticas defendamos y hagamos avanzar un periodismo excelente, profesional? Para terminar, quiero ofrecer tres sugerencias para aquellos de nosotros que estamos en posición de hablar claro.

Primero, como periodistas, debemos mejorar el lenguaje que usamos para defender nuestro papel en las democracias constitucionales. Con demasiada frecuencia, nosotros los periodistas alegamos en defensa de nuestros derechos, nuestros privilegios, o nos quejamos de nuestras luchas por encontrar nuevos modelos económicos. Sin embargo, el ideal de la libertad de prensa no está enraizada en alguna teoría política acerca de los derechos o privilegios económicos de periodistas o editores. Protegemos la libertad de prensa porque cuando el periodismo hace su parte, los beneficios fluyen a todos los ciudadanos, cuando las instituciones y los individuos poderosos tienen que rendir cuentas y ser transparentes ante el público votante, cuando la corrupción se denuncia, cuando las mentiras de los demagogos se chequean, cuando la falla del gobierno en cumplir sus promesas se investiga y se cuenta. La defensa del periodismo se expresa mejor como un instrumento - un instrumento con fallas y aun así esencial, parte de una aspiración mayor entre las clases medias en todas partes de contar con gobierno limpio, rendición de cuentas, inclusión, diversidad de voces; para el progreso.

También debemos señalar que cuando los derechos de los periodistas y las editoriales se reprimen, sea en Turquía o Egipto o Estados Unidos, siempre es el caso que otros derechos humanos y civiles - de minorías, de grupos marginalizados, de opiniones impopulares - también se están reprimiendo. No tenemos que mirar profundamente en la historia para que se nos recuerde la lucha por la igualdad y por consagrar los derechos que protegen la dignidad y la agencia humanas no es como un menú a la carta, donde uno puede elegir algunos derechos para favorecer y dejar otros de lado. En particular, sin prensa libre, la supresión de otros derechos -los de la oposición política, los de grupos minoritarios impopulares- proseguirá con impunidad y en la oscuridad.

Finalmente, nosotros en el periodismo debemos dejar atrás nuestra desesperanza ante los retos económicos que enfrenta nuestra profesión, y comenzar a retomar nuestra propia independencia. Los periódicos podrán sobrevivir por muchos años, pero la era del periodismo dominado por periódicos independientes ha terminado. Nos queda pendiente armar una base económica perdurable para una era nueva de independencia periodística, libre del control del gobierno y sostenible, sea comercialmente o a través de la filantropía. Prometedores nuevos modelos están emergiendo y sobrevendrá una competencia feroz respecto de quién haga y entregue las noticias a las generaciones jóvenes que se están volviendo adultas y comenzando a darle nueva forma la política. Reconstruir el periodismo para la siguiente generación, insistir en excelencia y transparencia y profesionalismo, es un proyecto urgente, uno que requiere un sentido de activismo. Si lamentamos en forma pasiva la pérdida del pasado nos podríamos sentir aterrados y decepcionados por el futuro.

Amo verdaderamente el periodismo. Nuestro campo ha producido algunos de los grandes personajes y mentes de nuestras culturas entreveradas, desde Mark Twain hasta Gabriel Garcia Marquez. En el corazón de la profesión hay personas con una independencia feroz, inquieta, una disposición de llamar las cosas por su nombre. Tuve el privilegio de conocer a Ben Bradlee, el legendario director del Washington Post,

cuando fui un nuevo reportero allí. Me trasladó a cubrirle a Wall Street al periódico. Entre a conocerlo antes de mudarme a Nueva York, para escuchar sus instrucciones. "Mi padre perdió todo en el colapso de la bolsa en 1929," me dijo. "Todos ellos son una manada de rateros. Cubre el sitio como una escena de crimen." Salí de su oficina como caminando sobre resortes.. Durante los siguientes tres años, no creo que hubiera un periodista en el mundo que se divirtiera tanto como yo.

Donde el periodismo sea vigoroso, insumiso, un poco peligroso, todos estaremos mejor. Felicitaciones a los galardonados de esta noche y a la independencia y el emprendimiento reflejados en su excelente trabajo. Lo necesitamos. Renovaremos nuestro trabajo para defenderlo. Gracias.